

¿Qué debía deducirse de aquella entrevista? ¿De parte de quien estaba la hipocresía? La instruccion creyó reconocer en las acusaciones de Rousselet el acento de la verdad.

El incidente de la llave se habia reproducido en esta confrontacion, y Eduardo habia dado una nueva explicacion. Segun él, no habia dado importancia al hallazgo de aquella llave, creyendo que era la segunda llave que el señor Donon-Cadot guardaba ordinariamente en su habitacion. La instruccion daba crédito á la declaracion de Rousselet, que decia que habia oido á Eduardo quitar la llave de la cerradura; veia la prueba de la veracidad del asesino en esta otra declaracion, que él habia dejado, al salir, entreabierta la puerta del despacho. Y en efecto, se habia observado sangre en el tirador interior, y no en el exterior; la mano ensangrentada del asesino habia tocado, pues, á la puerta para abrirla, pero no para cerrarla.

Las extrañas respuestas del jóven servian perfectamente para confirmar á los magistrados en el pensamiento de su culpabilidad. Así, habiéndoselo hecho observar que si se habia negado á felicitar á su padre el dia de año nuevo, era sin duda porque, como decia Rousselet, se habia señalado el 3 de Enero para la ejecucion del crimen, «si eso fuera verdad, respondió, eso habria sido una razon mas para desearle que pasara feliz el año.»

A pesar de esas nuevas indicaciones, la instruccion seguia extraviándose buscando otros culpables. Las declaraciones de Rousselet señalaban á un cómplice desconocido, y algunos testigos decian haber visto rondar por junto al teatro del crimen á un hombre de siniestra catadura. Descubrimientos hechos en los papeles de la víctima, hicieron creer un momento que se estaba sobre la pista de aquel cómplice indescubrible.

Se halló en el libro de cuentas corrientes y en el diario del señor Donon, esta extraña nota:

«3 de Agosto de 1842, á las dos de la madrugada de este dia, el señor Landrin me hizo contraer el compromiso de pagar dos efectos, firmados por la Señora, el 31 del corriente. . . 2.500 fr.
»Y el de 31 de Octubre. . . . 3.000 »
»Ambos á mi favor.» . . . 5.500 »

Ambos billetes fueron hallados, en efecto, en el armario de la alcoba del señor Donon. ¿Qué significaba aquella transaccion tan singularmente impuesta? Indudablemente habia allí un lazo y la indicacion de un escándalo privado.

El señor Landrin era un contratista de trasportes por agua, y al mismo tiempo explotaba canteras. Habia estado largo tiempo en relacion con el señor Donon, que le habia hecho importantes préstamos. La señora Landrin confesó que habiéndola sorprendido su marido á las dos de la madrugada, acostada con el señor Donon-Cadot, éste habia sido obligado á firmar un compromiso de pagarse á sí mismo los dos efectos en cuestion, firmados por la mujer á nombre del marido, que no sabia escribir.

Landrin no trató de negar nada, y durante la instruccion, el 16 de Marzo, fué encontrado ahorcado en su alcoba. Ya un mes antes habia tratado de asfixiarse.

Esto probaba una vez más, que habia desorden en la conducta y en los negocios de la casa del señor Donon-Cadot.

De pronto, el 26 de Marzo, Eduardo Donon escribió al consejero instructor diciéndole que tenia que hablarle de cosas importantes, y en aquella entrevista declaró que habló del crimen con Rousselet; que sabiendo éste las causas de los celos que existian entre su padre y él, le dijo: «Es muy enojoso que un jóven guapo como usted no pueda gozar de su fortuna, y se vea reducido á seguir las huellas de un anciano.» Y sacando de debajo de su blusa un instrumento de hierro, Rousselet añadió: «Pues bien! no necesitaria yo mucho tiempo con un instrumento como este; muy pronto tenderia en el suelo á un hombre.»

Que Eduardo Donon acogió con el silencio aquellas insinuaciones, y que despues de algunas entrevistas con Rousselet, el 15 de Enero oyó de pronto salir del despacho un grito espantoso.

«Me apresuré á bajar, añadió; hallé cerrada la puerta, pero la llave estaba en la cerradura; abrí la puerta, y al punto ví el cadáver de mi padre tendido delante de la chimenea. Di voces pidiendo socorro. Pero dirigiéndose Rousselet hacia mí y levantando el brazo teniendo en la mano el pedazo de hierro con

que acababa de matar á mi padre, me dijo: «Si dices una palabra, te mato.» Yo repuse: «¡Ah! ¡si estuviera aquí mi hermano!» Entonces Rousselet me interrumpió, diciéndome: «Cállate, tu hermano es mi cómplice, y si me delatas, te perderás como toda tu familia.»

»Me escapé, subí á mi habitacion y me puse á la ventana, porque temia que Rousselet subiese. Como un cuarto de hora despues lo oí salir del despacho y al punto me apresuré á bajar; la puerta del despacho estaba abierta, pero la llave estaba puesta; ví que el cuerpo de mi padre habia sido colocado á lo largo de la leñera. Me acerqué gritando: «¡Padre mio!» No me respondió; cogí su mano, y ví entonces que estaba muerto. QUITÉ la llave de la cerradura y cerré la puerta. Subí á mi habitacion; no sabia que hacer. Dudaba si ir á avisar á mi familia, no sabiendo hasta que punto era fundada la declaracion de Rousselet; no sabia si debia ir á dar parte á la policia y á la gendarmeria; al fin me decidí á entrar de nuevo en mi habitacion.»

Durante algunos dias, Eduardo Donon persistió en estas nuevas declaraciones, no acusando terminantemente á su hermano, pero pareciendo creer en su complicidad, así como en la de su cuñada. Su hermano, decia, le habia hecho desistir, despues de la prision de Rousselet, de decir al juez de instruccion lo que sabia respecto á aquel hombre.

Evidentemente eran falsas aquellas revelaciones de Eduardo Donon; pero la instruccion vió en ellas una nueva prueba de culpabilidad. Se hizo notar á Eduardo las inverosimilitudes de su relato, y el 4 de Abril se retractó, dando por razon de su mentira el deseo de contrarrestar las acusaciones de Rousselet. «Destruia sus afirmaciones, dijo, hablando como él. Por lo demás, si yo hubiese querido hacerle cometer el asesinato, ¿habria tenido que prometerle cien mil francos, cuando en Pontoise habria podido encontrar quienes por quinientos ó seiscientos francos lo hubieran hecho?»

Si hasta entonces habia podido dudar la acusacion, desde ahora creia firmemente que habia dos culpables. Muy pronto hizo Rousselet que se encontrase la segunda llave del despacho. Aquella llave, oxidada á causa de haber estado metida en el agua

con carbon de la fragua, pareció ser la que no servia hacia mucho tiempo; la acusacion creyó que era la que Rousselet habia llevado á prevencion con todo lo demás, en tanto que la llave usada y brillante, encontrada gracias á Eduardo Donon, debia ser la que fué quitada de la cerradura el dia del asesinato.

En vista de estos cargos acumulados, consideró el Tribunal real de París, que debia avocar á sí el proceso, y el señor Hébert, procurador general, quiso dirigir por sí mismo la acusacion.

El 26 de Junio de 1844 se abrió la primera audiencia bajo la presidencia del consejero señor Férey.

A las nueve, una apiñada y bulliciosa multitud invadió la sala; Pontoise entero se precipitó en su interior ó se estacionó inútilmente á las puertas. En una de las localidades reservadas se veia á Honorato de Balzac, ilustre autor de la *Comédie humaine*.

Las señoras estaban en mayoría; muchas de ellas y de las mas elegantes, que no pudieron encontrar sitio, procuraron que nadie las viera sentarse en el suelo detrás de los jurados.

Introdujose á los acusados. Entró primero Rousselet, que llevaba gaban azul, abotonado, corbata negra, y en la mano una gorra azul, con una gasa, porque llevaba luto por su víctima! Todavía se ignora si aquello era hipocresía ó remordimiento. Era hombre vigoroso, de unos cincuenta años; tenia afeitada la barba; los cabellos eran oscuros; sus facciones cuadradas ó angulosas denotaban energia; su continente era reposado y tranquilo.

Eduardo Donon atrajo las miradas aún mas que Rousselet: era casi un niño. Rubio, endeble, sus ojos azules sin expresion, y su fisonomía, fria y concentrada, denotaba una naturaleza sin energia, egoista, tímida ó solapada. El aspecto general era bastante distinguido, pero poco simpático.

Abrese la sesion. El Presidente señor Férey estaba asistido de los señores consejeros Buchot, Matias y Nél Dupeyrat. El procurador general señor Hébert, asistido del sustituto señor Tardif, ocupó el sitio del ministerio público.

Despues de leida el acta de acusacion, documento hábil y vigorosamente estudiado, fué interrogado Rousselet.

De sus contestaciones resultó que hacia veinte años mantenía relaciones con la casa Donon; que en los últimos ocho años se hicieron mas íntimas aquellas relaciones. Sin embargo, de los dos hijos del señor Donon-Cadot, no conoció mas que á Eduardo. Sus relaciones con este no comenzaron hasta fines de Noviembre de 1843, cuando aquel salió del colegio. «Le dije que era un guapo jóven, que debía estar muy contento por haber acabado su educacion, y que llegaria á poseer una gran fortuna. El hizo un gesto de desprecio, diciendo: «¡Ah, mi padre!»

»Despues, el 5 de Diciembre, como yo habia ido á Pontoise por un negocio de hipoteca, fui á ver al señor Donon-Cadot á su despacho. Despues subí á la habitacion del hijo. Eduardo estaba de pié. Me habló de sus amores, de la señorita Kuné. Me dijo cosas súcias que no me atrevo á repetir... que tenia por querida á la criada de su padre, que este tambien la queria, que tenia celos de él, y que daria cien mil francos á quien quisiera asesinarle. Entonces, desgraciadamente para mí, se me escaparon estas palabras:—Hay quien lo haria por menos. Viendo que la cosa iba de veras, le dirijí reconvenciones:—¡Un padre tan bueno! le dije, un tan... No hablo sino de la proposicion; pero los rechinamientos de dientes, las exclamaciones, todo esto es imposible de imitar; esa no es mi especialidad.

»Volví el 17. Eduardo estaba en el despacho con su padre. Se quejaba de un dedo que tenia malo. Le aconsejé que se pusiera en él agua de colonia, y fui por ella. Despues me acompañó hasta la puerta, y en el corredor me dijo:—Y bien, ¿pensais en lo que os he propuesto?—¿Cómo, Eduardo, le dije, pensais en ello todavía? ¡Eso es muy malo! ¡Es vuestro padre! ¡Es mi consejero!

»El 21 volví y subí á la habitacion de Eduardo. Estaba acostado leyendo una novela. Llegó un caballero con anteojos, que podria tener unos veinticinco años, el cual entregó una esquila á Eduardo y se marchó. Despues que se fué, Eduardo volvió á hablarme del asunto y de la cantidad ofrecida, añadiendo:—Con esa cantidad se tiene amigos. Convenimos en que yo volveria, pero no se fijó dia.

»Volví el 23. Aquel fué el dia desgraciado de mi vida. Nuestra conversacion duró hora y media. No

puedo deciros, señores, de qué medios se valió para hacerme consentir.

P.—Es menester deciros.

R.—Seria demasiado largo. ¿Quereis que rechine los dientes, que apriete los puños, que eche espumarajos de rabia? Me habló de pagar á mi hermana de 25 en 25 dias. Me decia:—¿Qué arriesgais? Solo Dios y yo sabemos lo que hayais hecho. Entonces le dije:—Se hará.

«El 3 de Enero volví á Pontoise. Tenia intencion de hacerlo aquel dia, y fui provisto del instrumento. Fui á casa del señor Donon-Cadot para consultarle sobre mis negocios; aquel dia podia muy bien haberle matado; pero tenia un aire tan simpático... Y además estaba vuelto hácia mí... A fé mia que no tenia valor... Partí, y escondí el instrumento en el rincón de la pared del señor Truffaut. Pesaba muy bien libra y media.

»En el puente ví venir á Eduardo. Me preguntó si habia visto á su padre, y le dije:—Sí. A lo que él respondió:—¿Y qué? Contestéle:—No. Nosotros sabiamos muy bien lo que aquellas palabras querian decir. Me dijo:—Volved dentro de una hora, que estará solo. Volví, en efecto, y ví al buen señor asomado á la ventana. Estaba de cara á mí, y pasé de largo sin entrar.

»El 10 de Enero cojí nuevamente mi instrumento, y fui á casa del señor Donon-Cadot; tambien aquel dia me hubiera sido fácil. Arreglamos nuestra cuentecilla, con un billete que yo no podia cambiar, y del que quedaba debiendo 63 francos y 5 céntimos. Convenimos que el dia 15 iria para pagar aquel pico.

P.—Y el 14 escribisteis el señor Donon-Cadot diciéndole que estabais enfermo, y que no podiais ir el 15. ¿Era una mentira para preparar vuestra coartada?

Rousselet.—Por último, el 10 me dijo Eduardo:—Y bien, ¿cuántas veces vais á venir? Me indicó que volviera el 15, que era dia de vencimientos y que yo podria tomar lo que quisiera.

P.—¿Y qué interés podia tener él, que era hijo, en señalaros precisamente un dia de cobros para entregarlo todo á vuestra codicia?

R.—¡Ah! veía mis vacilaciones, mi pesar, y hacia todo lo posible para tentarme.

P.—¡Y siendo un hombre de cincuenta y dos años os dejabais llevar de lo que os decia este jóven! ¿Y os creiais así un hombre honrado?

R.—¡Ah! No sé nada de eso... Lo que digo es que estoy avergonzado... que me sorprende muchísimo.

P.—¿Quereis decir con eso que teniais trastornado la cabeza?

R.—Sí.

P.—Entonces no debemos dar mucho crédito á vuestras declaraciones.

Rousselet, golpeándose la frente.—La verdad está aquí... Eso es lo que yo sé.

P.—Pero habeis dicho mentiras sobre mentiras, y de las mas odiosas.

R.—Ahora estoy en el camino de la verdad.

»El 15 de enero llegué á Pontoise y até mi coche detrás del lavadero del Hospital. Dejé á mi mujer en el coche, y fui á buscar el instrumento donde lo habia escondido. Yo tenia medios para entrar en casa del señor Donon-Cadot; pero no necesité valerme de ellos, porque él acompañaba á un cliente hasta la puerta. Dicho cliente me reconocerá. Al entrar oí andar á Eduardo por el comedor. Yo estaba seguro que él vigilaria; me habia indicado las horas y contaba conmigo como yo con él.

»Nos saludamos su padre y yo, y Eduardo lo oyó. Entonces oí que se subia á su habitacion.

P.—Decidnos lo que sucedió despues que entrásteis en el despacho.

R.—¡Ah! es muy cruel de decir... Al entrar, dí los buenos dias al señor Donon-Cadot; me los dió á su vez, y luego se sentó y me dijo:—Hace frio.—Sí, le contesté.—¿Y aquello va mejor? prosiguió él.—No. Entonces el desgraciado se bajó para encender fuego. No le veía yo la cara; tenia en la mano este maldito instrumento, y le dí un golpe con toda mi fuerza; dió un grito... ¡ah! ¡un grito!... Y cayó...

»¡Ah, señores! Si yo no hubiese sentido á alguien allí, es seguro que habria huido. En aquellos momentos oí que alguien quitaba suavemente la llave puesta en la cerradura por la parte de fuera... Me hallaba tan conmovido que estuve á punto de desmayarme... Recobré los sentidos, y volví á darle uno ó dos golpes para acabar de matarlo... y nada mas.

El señor Presidente.—¡Desgraciado!

Rousselet.—¡Oh! sí; pero no hice nada mas... ¡yo no queria matarlo! He oido decir que tenia desgarrados los vestidos: es que estaban muy usados; que tenia arrancados los botones: es que no los tenia. ¡Oh! señor, si yo le hubiera visto la cara á aquel pobre señor Cadot, seguramente que no le habria matado; pero perdí la cabeza, y... tuve una debilidad.

P.—¡Qué! ¡os atreveis á llamar debilidad á tal accion! No, habeis hecho lo que un asesino. ¡Cómo creer en vuestra emocion cuando habeis tenido la sangre fria de robar á vuestra víctima! ¿Qué sucedió despues?

R.—Cogí la cántera y todo lo que contenia...; pero señor Presidente... ¡me intimidais!

El señor Presidente.—No soy yo quien os intimida, sino el recuerdo del crimen que habeis cometido.

R.—Si yo hubiera sido entonces un hombre como lo soy ahora, ni por un millon lo habria hecho, á buen seguro... Cogí, pues, todo lo que estuvo al alcance de mi mano: aquel era nuestro convenio. Cogí dos montones de piezas de cinco francos. Me marché cuando oí que se me habia caido una, porque habia visto á alguien mirando por la ventana desde la calle. Despues de haber corrido la cortina, me bajé para coger en un cesto objetos de plata, y entonces salí dejando la puerta entreabierta. Ví de lejos á Eduardo y le dije: ¡está hecho! Me hizo un signo con la cabeza que queria decir *si ó bien*.

Este interrogatorio seria abrumador para Eduardo Donon, si Rousselet no fuera solo para acusar al que designaba como su cómplice, y si las múltiples mentiras de sus primeras declaraciones no justificaran la duda sobre sus últimas revelaciones.

Interrogado á su vez, Eduardo Donon opuso á lo dicho por Rousselet formales negativas. Explicó sus falsas revelaciones de 26 de Marzo, diciendo que se las habia aconsejado un preso compañero de celda.

El primer testigo importante lo fué el señor Allard, gefe de la policia municipal; refirió los detalles de la prision de Rousselet y sus primeras tergiversaciones.

Despues el testigo pareció que vacilaba.

El señor Presidente.—¿Teneis algo que añadir á vuestra declaracion?

El señor Allard.—Sí, señor; despues de la prision de Eduardo, fui á verle á la Consergeria, estaba tranquilo, me dijo que habia sido careado con Rousselet, y me dijo: «¿Sabeis lo que piensa de mí la Justicia respecto al asunto?»—No sé nada, le respondí, ni aunque lo supiera lo diría. Pero la pregunta que me haceis revela alguna inquietud por vuestra parte. ¿Por qué la teneis?

«A esta pregunta, Eduardo se agitó, se coloreó su rostro, y se puso encendido. Estaba sentado, escondida la cabeza entre las manos, y se encorbó de esta manera....»

El señor Allard remedó un movimiento de ansiedad y desesperacion.

—En esta posicion me dijo que habian destruido la amistad que profesaba á su padre... Han puesto á una desgraciada jóven entre él y yo... ¡Sí, ha habido un complot! ¡Lo han formado mi hermano y mi tío! ¡Oh! no puedo decir nada: *depende de ello el honor de mi familia...*

»Y diciendo esto lloraba amargamente.—Yo, añadió, soy inocente. Conocia muy bien el complot, pero en él no tomé parte.—¿Qué! ¡acusais á vuestro hermano y á vuestro tío! ¡Pensadlo bien!—Sí, ellos no querian á mi padre.—¿Pero cómo es que Rousselet está mezclado en todo esto?—Ellos son los que le prometieron 100.000 francos. Yo no podia hacerlo. *Era menor de edad y no podia disponer de nada.*—Insistí para saber mas, y me dijo:—Me encuentro en un estado horrible; mañana os lo diré todo.—Y me limité á añadir: ¿Cómo habeis sabido que habia un complot contra la vida de vuestro padre?—Lo he sabido por suposicion, y despues por revelacion....—Lo dejé, porque se encontraba en un estado tal que era imposible exigirle nada mas en aquel momento.

»Al día siguiente volví á verle. No me dijo nada, y me sorprendió.—Pero, señor..., me dijo.—¿Qué! le pregunté, ¿habeis acusado á otros para alejar las sospechas que pesan sobre vos?—Eso seria horrible!

Entonces se inclinó de rodillas y exclamó:

—¡Ah! creedme; ¡soy inocente! ¡Mi hermano, mi tío y varios vecinos de Pontoise son los que lo han hecho por odio y por venganza!—¡Oh! le dije, os suplico que no habeis así. Entonces volvió en sí, y me dijo:—Escuchad; Rousselet ha mentado. Pues bien,

para confundirle he querido mentir tambien. Todo lo que acabo de deciros es falso.

Oyendo lo cual, tomé el sombrero y me marché.»

Eduardo Donon rechazó esta declaracion diciendo que el señor Allard fué quien le sugirió la acusacion contra su hermano. «A fé mia, dijo, que tenia mucha hambre... Hacia cuatro horas que estaba allí y no acababa de marcharse; era menester que yo comprometiera á álguien, y le dije que sí y se marchó.»

El señor Allard contestó asegurando que él nada habia provocado.

El abogado Chaix-d'Est-Ange concluyó diciendo que no habia nada que fuera espontáneo en las declaraciones de Eduardo, ni tampoco en las de Rousselet; todo ha sido inspirado por la policia.

El señor Chauvet, principal del colegio de Pontoise, reprodujo, pero atenuándolo singularmente, su primer juicio sobre el carácter de Eduardo. Ya no era un mónstruo, sino un perezoso é indolente. El testigo excitó mas de una vez la hilaridad insistiendo con una pedanteria solemne sobre los accesitos y los premios ganados por el jóven Donon.

El abogado Chaix-d'Est-Ange insistió sobre este testimonio, que por lo demás habia quedado tan debilitado que ya nada restaba de él. El principal del colegio de Pontoise dió el 20 de Junio, cerca del abogado señor Chaix, un paso que marcaba el carácter particular de su espíritu, paso inconveniente, escéntrico, pero que tenia cierta gravedad, porque destruía la primera declaracion en la que presentaba á Eduardo Donon como un mónstruo. El señor Chauvet escribió al defensor de Eduardo esta singular carta, cuyos solecismos acentuó el ilustre abogado con ingeniosa malicia:

El principal del Colegio de Pontoise al señor Chaix-d, Est-Ange.

«Señor:

»Quizá seria bueno, en interés de la justicia y de la causa que vais á defender, que pudiérais oirme antes de que se abran los debates; mi posicion excepcionalísima de testigo (confieso dice el abogado Chaix-d'Est-Ange, que no he comprendido lo que quieren decir estas palabras: «Mi posicion excepcionalísima de testigo.» Esta es una falta. (Sonrisas.) Continúo:) Mi posicion excepcionalísima de testigo

podria seros muy útil. (El abogado Chaix parándose otra vez: «¡Muy útil!»)

»En mi alma y en mi conciencia, el acusado Eduardo Donon no es culpable. Los motivos de mi conviccion serán explicados ante el tribunal, ó mejor ante vos, si lo juzgais conveniente. (El abogado Chaix: ¡No lo comprendo! ¡Esta es otra falta!)

»En esta dura hipótesis, una cita á vuestro despacho (¡una cita á vuestro despacho!) me haria ir á vuestra casa el domingo á la hora indicada.

»Mi carta está inspirada en un sentimiento de justicia y de imparcialidad de que nunca me apartaré.

»Tengo el honor de presentaros mis respetuosas consideraciones.

»Firmado, CHAUVET,

»Principal del colegio de Pontoise.

»Pontoise 20 de Junio de 1844.»

Por grave que haya sido la primera declaracion del señor Chauvet, repuso el señor Procurador general, no se refiere sino á los antecedentes; no suministra mas que datos sobre la moralidad y no causa certidumbre. La acusacion y el jurado pueden encontrar en ella un medio de comprobacion, pero no una prueba del hecho de que se trata, y perfectamente definida. Es menester, pues, no exagerar su importancia.

El señor Pierrot de Selligny, provisor del colegio real de Luis el Grande.—No he conocido á Eduardo Donon-Cadot mas que durante tres años. Estaba de pensionista en el colegio de San Luis el Grande. La idea que me dejó de él no es la de un jóven malo ó violento, sino la de un escolar disipado, desobediente, brusco, poco sociable. Los que le han conocido en el colegio hasta se han sorprendido de verle complicado en este desgraciado proceso. Me daba motivos de disgusto que no pasaban la medida ordinaria. El único recuerdo perfecto que conservo es el de la mala direccion que habia recibido en familia la debilidad de su padre por este niño. (Sensacion.) Cuando iba á Pontoise permanecia allí dos ó tres dias mas de los que permitian los reglamentos. Esta fué precisamente la razon que me obligó á echarle fuera.

Hácia el 1.º de Enero de 1842 supe que Eduardo, que no habia vuelto regularmente al colegio, estaba solo, abandonado hacia tres dias en París. Escribí á

su padre diciéndole que no queria seguir siendo responsable de una educacion en la que era tan mal secundado. Fué el padre, insistió para conseguir que su hijo volviera á ser admitido en su colegio de Luis el Grande. Despues no he oido hablar mas del señor Eduardo ni de su padre.

P.—¿Cometia violencias contra sus condiscipulos?

R.—Era indisciplinado; pero, lo repito, no tenia nada de violento.

P.—¿Cómo habeis apreciado su carácter?

R.—Lo he considerado siempre como un jóven disipado y poco estudioso. No habia hablado de su carácter brusco y poco sociable que me ha sido recordado por los informes que despues he tomado. Repito que no era violento. Nunca, cuando he mandado llamarle á mi despacho para darle una reprehension, me dió una mala respuesta, y siempre permaneció silencioso. Sus relaciones con sus compañeros eran buenas; he sabido, sin embargo, que habia tenido en los seis meses últimos cuestiones con algunos de ellos, principalmente con un escolar cuyo nombre he tomado, con el estudiante Planat.

P.—¿Tomó parte en complots que tuvieran por objeto la desobediencia?

R.—No. El fondo de su carácter era la apatía, el abandono más bien que la mala voluntad. Tal es la impresion que me ha quedado.

El señor Presidente.—Eduardo, ¿teneis algo que decir sobre la declaracion del señor Pierrot?

Eduardo.—Señor, me parece justa.

El señor Barbet-Massin, gefe del colegio.—Todo lo que puedo deciros sobre el señor Eduardo es que era muy sombrío, muy taciturno y muy perezoso. Nunca lo he tenido por jóven disipado, bullicioso ni perturbador. Por este motivo rogué á su padre que lo sacase del colegio.

P.—¿Tenia relaciones con sus compañeros?

R.—Muy pocas. Costábame trabajo hacerle bajar al patio las horas de recreo. Amaba la soledad, y procuraba únicamente permanecer en la oscuridad.

P.—¿Era violento, daba malas respuestas?

R.—Nunca le ví actos de violencia; algunas veces daba malas respuestas, pero sin traspasar ciertos límites.

P.—¿Supisteis que fuera el promovedor de un pequeño complot que entre sí formaran los discípulos?

R.—Nunca.

P.—¿En qué fecha entró en vuestra casa?

R.—En el mes de Enero de 1842.

P.—¿Sabiais que había sido expulsado del colegio Luis el Grande?

R.—Lo sabía. Por recomendación del señor censor del colegio Luis el Grande, de parte de quien me lo llevó su padre, lo admití. Yo mismo fui á tomar informes del señor censor, y cuando supe que había sido expulsado por una infracción de la disciplina, por una simple salida, no vacilé en admitirlo en mi casa. Solamente que puse por condición que el joven no saldria nunca por París sino con su padre ó con su hermano mayor.

P.—¿Lo echasteis fuera?

R.—Sí; pero no fué á consecuencia de un escándalo, sino porque hacia sus estudios muy medianamente, por no decir muy mal. Aconsejé á su padre que le hiciera abandonar los estudios clásicos y que lo pusiera en una escuela de comercio, puesto que queria dedicarlo al comercio; no habiendo producido ningun efecto estas quejas fué su padre á verme á fines de Junio. Le repetí que haria mal en mantenerlo hasta fin del año en el colegio. El señor Donon-Cadot me rogó que esperase un poco, y que lo dejase salir con él en la esperanza de que conseguiria algo. Volvió al día siguiente, y me dijo que estaba muy persuadido de la verdad de lo que le había dicho, y que iba para llevarse á Eduardo á Pontoise.

P.—¿No teniais otros motivos para expulsarle que su pereza, su poca aplicación?

R.—Ninguno más.

Algunos testigos declararon sobre la moralidad de Rousselet. El señor Chenel, notario, alcalde de Francoville, conoció siempre á Rousselet apacible y atento. Su posición estrecha, la esperanza que abrigaba de un porvenir mejor, y las necesidades de sus hijos excitaban el interés del testigo, que se interpuso para hallar medio de que cesaran las reclamaciones de que Rousselet era objeto.

Varios cultivadores y negociantes, entre los que se contaba un aldeano obstinado en los usos y cos-

tumbres antiguos, y que llevaba todavía el traje gris y la peluca empolvada, declararon que nunca tuvieron por qué quejarse de Rousselet. Oyeron hablar de un hijo suyo muerto de un golpe recibido en la fragua, pero no supieron que el padre fuese acusado de su muerte.

El señor Husson, médico del colegio de Luis el Grande, dijo que había conocido á Eduardo desde su infancia, y que durante la enfermedad de su madre había el hijo dado pruebas de una grande solitud, y que fué viva su pena cuando la perdió.

A este recuerdo de su madre, las lágrimas se agolparon á los ojos de Eduardo Donon.

El señor Voucharde (Francisco Alejandro), alcalde de Pontoise, oyó algunas veces al padre Donon-Cadot quejarse de su hijo. Le decía: «¿Cuándo le reprendéis, qué contesta?—Nada, baja la cabeza.» Todas las quejas del padre se resumían en censuras por la pereza de su hijo. En cuanto al padre, era de un carácter excesivamente violento. Estoy persuadido, añadió el testigo, de que si Eduardo hubiese hecho una proposición para que asesinaran á su padre, se habría espuesto á morir, porque si se hubiese dirigido á una persona que se lo hubiera dicho á su padre, éste se habría echado sobre su hijo con un morrillo en cada mano é infaliblemente lo habría matado ó arrojado por la ventana.

Era un hombre de tal manera violento, que un día, haciendo trabajar á los obreros en una de sus propiedades, en un foso que hacia cavar en pleno invierno, llegó en ocasión que los trabajadores habían encendido algun fuego con raices. Montó en cólera y con los piés esparció la lumbre, reprendiendo á los obreros porque le gastaban la leña en vez de cavarle la zanja.

El señor Chaix-d'Est-Ange.—El testigo vió muchas veces comer al señor Donon-Cadot. ¿Puede decirnos cómo estaba servida su mesa?

R.—Muy mal. Recuerdo que un día llegué cuando iba á comer (no tenía hora fija). Tenía delante un ganso en adobo; «cuando se tiene apetito, me dijo, no se es delicado para la comida. Esto habrá de durarme toda la semana; mientras haya de esto será menester gastar de ello.»

El abogado Chaix.—¿No era el señor Donon muy

poco puntual en sus cosas? ¿Había sorprendido mucho al testigo si le hubiesen dicho, aún en un día de pagos, que el señor Donon hacia tres ó cuatro horas que estaba fuera de su casa?

R.—En manera ninguna. No me habría sorprendido ni que su ausencia hubiese durado más, y eso porque conocía el secreto de su difícil situación.

El abogado Chaix.—Rousselet dice que escondió su instrumento en un agujero de la pared del señor Truffaut: ¿le parece eso posible al testigo?

R.—Me parece muy difícil, en primer lugar por la disposición de la pared, que conozco, y en segundo, á causa de que los mandaderos se estacionan cerca de aquella pared.

El señor procurador general.—¿No hay un agujero en la misma, tocando al suelo?

R.—Es el que dá salida á las aguas de la casa del señor Truffaut, y me parece difícil introducir en él alguna cosa sin ser visto.

Rousselet.—Escondí el instrumento á unos dos metros de la esquina de aquella pared, bajándome para ello.

El testigo.—Si el acusado no temió ser visto bajándose, es posible. Pero no estoy muy seguro de que no le hayan visto, porque los mandaderos están allí siempre, y aquel movimiento debia llamarles la atención: aunque no se escondiera mas que una moneda de diez céntimos, se podia tener la seguridad de que irian á ver lo que se había escondido.

El abogado Chaix.—¿Se acordaria el testigo de una conversación que tuvo con el Sr. Chauvet, principal de Pontoise, al salir del despacho del juez de instrucción en donde había hecho la declaración que el señor procurador general ha leído?

R.—El señor Chauvet nos dijo: Acabo de prestar una declaración que ha de salvar á Eduardo.—¿Cómo? le preguntamos. Y nos refirió lo que había dicho. ¡Bien! ¡Bueno! le dije; habeis conseguido perfectamente vuestro objeto declarando así, os felicito por ello.—¿Cómo? repuso, pues si su abogado sabe sacar partido de mi declaración, hará que lo absuelvan por monomaniaco.

El abogado Chaix.—Eso me basta para hacer desaparecer del debate esta declaración, que está ya juzgada, á lo que me parece.

El señor procurador general.—No resulta menos probado el hecho de que, en todo caso, el señor Chauvet se ha sentido animado del deseo de salvar á Eduardo.

El abogado Chaix.—¡Oh!..... si el señor procurador general quiere conservar aquella declaración, bien, la discutiremos. Pero no me gusta perder el tiempo con una declaración que ya está destruida.—¿Puede decirnos el señor Touchard si el señor Chauvet no es llamado algunas veces en Pontoise de otro modo en vez de decirle el señor principal?

El testigo, titubeando.—Eso es delicado..... Mirad, yo no querria ser el primero en decir esas cosas; porque, en fin, me parece que si yo las dijese, la Universidad podria creerse obligada á quitarnos nuestro principal.

El abogado Chaix-d'Est-Ange.—Es un hecho notorio y es menester decirlo, puesto que se mantiene en los debates la declaración del señor Chauvet.

El testigo.—Pues bien, cuéstemelo lo que quiera, voy á decirlo. El señor Chauvet ha vivido mucho tiempo en Inglaterra..... Ha traído de allí ciertos hábitos..... y aseguro que se llama Mylord-Crachefort. (Grandes y estrepitosas carcajadas).

Carolina Mérandon excitó una viva curiosidad. Esta joven, de veinte años, tenía una fisonomía vulgar. Confesó, ruborizándose, sus relaciones con el padre y con el hijo, los celos y falta de armonía que reinaban en aquella triste casa. Eduardo le decía que despues de muerto su padre, seria uno de los mas ricos herederos de Pontoise.—¿Os amaba mucho? le preguntó el señor Presidente.—Carolina, mirando á Eduardo:—No lo sé.—Tenía un humor salvaje, un mal carácter. Carolina reprodujo los detalles de la vergonzosa expedición en busca de placeres del mes de Febrero, y añadió que Eduardo, ya acostado con ella, no quiso que apagara la luz, porque desde la muerte de su padre no podia dormir sin tenerla encendida.

Varios testigos aumentaron la confusión de este proceso declarando que durante todo el día 15, Eduardo recibió con completa tranquilidad á los que fueron á visitarle, y que á un aldeano le firmó un recibo con una letra clara, suelta y bien hecha como de ordinario.